

En el 50 aniversario de la inauguración del Valle de los Caídos

Ilmo. y Rvdmo. P. D. Anselmo Álvarez Navarrete

Hoy se cumple el cincuenta aniversario de la inauguración de este lugar del Valle de los Caídos por la persona de D. Francisco Franco, su creador y fundador. Se daban así oficialmente abiertos el complejo de edificios que componen este conjunto monumental, así como los fines y actividades para los que habían sido destinados.

Desde unos meses antes la comunidad de monjes a cuya responsabilidad había sido encomendado, había iniciado su vida monástica y sus actividades religiosas en el servicio de la Basílica, así como en los pasos iniciales del CES, que quedó inaugurado este mismo día.

Dicho acontecimiento tuvo un antes y un después que, como todas las iniciativas humanas, queda al juicio de los hombres y también al de Dios. Nosotros queremos en este día hacer memoria de cuantos intervinieron para hacer posible esta obra: trabajadores, arquitectos, artistas, y también, tal vez de una manera muy especial, al pueblo que con sus contribuciones, muchas veces modestas como las mismas gentes del pueblo, permitieron que el proyecto pudiera llevarse a término.

Parece también obligado hacer una mención expresa de aquellos trabajadores que, en el curso de las obras, fallecieron en el Valle a causa de accidentes laborales, en número de catorce, según los datos más fidedignos y documentados, a los que habría que añadir, tal vez, los que contrajeron dolencias derivadas de su trabajo precisamente en la excavación de la Basílica. Para ellos va nuestra oración y nuestro agradecimiento por su sacrificio.

En esa historia anterior a la inauguración, debe dedicarse también una mención particular a aquellos trabajadores que, procedentes de los penales, optaron libremente por redimir aquí sus penas mediante su contribución laboral a las obras. Si hoy sabemos que las circunstancias que concurrieron en esta iniciativa fueron ampliamente positivas en su conjunto, no queremos dejar de tener para ellos, en nuestro nombre y en el de la sociedad española, un testimonio de respeto y gratitud, en el que unimos a sus familias, no pocas de las cuales compartieron aquí con ellos su vida y su compañía.

Esta Basílica tuvo como finalidad más destacada la de ser símbolo de reconciliación entre todos los españoles. Así lo proclaman los textos legales, pero sobre todo, los símbolos sagrados del Valle, y la voluntad concorde de los españoles, los de ahora y los de entonces. Como expresión de esa voluntad, este templo es el mausoleo común en el que reposan un número muy representativo de caídos de ambos lados contendientes.

Fue el primero y hasta ahora el más expresivo de los gestos llevados a cabo para representar y estimular esa reconciliación. Junto a esos restos, nosotros oramos diariamente, no sólo por su eterno descanso, sino para pedir que el ánimo de todos los españoles se abra sinceramente a esa concordia, de manera que el espíritu de paz, de armonía y de justicia sustituya a las discordias y desigualdades que nos marcaron tan profundamente en el pasado

Que junto a la Cruz deponamos todos los antagonismos, pasados o presentes, y que en ella encontremos la inspiración y la fuerza para hacer una sociedad en comunión consigo misma, y sobre todo con los más débiles de esta hora.

